

de una investigación tan amplia y rigurosa como la que ha realizado De León.

Mucho más clara es la originalidad de los sumarios que, en el Decreto, encabezan cada una de las *auctoritates*. En este punto, superando los estudios realizados por Vetulani y Rambaud, las conclusiones a que llega De León son muy seguras y confirman lo adelantado ya por Landau.

Concluido el estudio paleográfico y crítico de los textos del Decreto, el capítulo III se propone dar razón de la doctrina contenida en la C. 30 q. 1, 3 y 4. Es entonces cuando E. De León analiza los aspectos más característicos del método propio de la *Concordia canonum*, que no habían desarrollado las colecciones anteriores: el sistema seguido en la *causa* 30, el juego que en ella desarrolla el *casus* inicial, el sentido de la *quaestio* primera sobre el apadrinamiento, el de la *quaestio* tercera sobre el «impedimento» y sobre la prohibición derivada de la *compaternitas*. Se pueden percibir así algunos rasgos de esa determinada mentalidad jurídica de Graciano y su método de trabajo tan distantes de los métodos y desarrollos de la ciencia jurídica de nuestros días. La obra concluye señalando las peculiaridades del tratamiento doctrinal que Graciano da a la *cognatio spiritualis*, en comparación con la doctrina del primer milenio, y señalando los desarrollos doctrinales que se encuentran en las *lecturae* que, entre los años 1140-1180, hicieron las ocho primeras *summae* del Decreto.

Como puede verse, estamos ante una investigación histórica que, proponiéndose un estudio cuidadoso de los criterios normativos sobre la *cognatio spiritualis*, en una obra tan influyente en la historia de las fuentes y de la

doctrina canónica como el Decreto de Graciano, en realidad, ofrece unos valores mucho más relevantes, por sus originales aportaciones a un mejor conocimiento de la recensión originaria de la *Concordia canonum discordantium*. En orden a la consecución de esta meta —a la que se han dirigido tantas investigaciones durante los últimos decenios y cuyo logro efectivo no parece demasiado lejano— la obra realizada por De León constituye una conquista propia, en relación con los trabajos más prestigiosos que la han precedido, y hace suponer que su joven autor podrá seguir haciendo destacadas aportaciones para lograr coronar ese empeño tan comprometedor y tan necesario, que abrirá una época nueva para la futura investigación canónica de ámbito histórico.

ELOY TEJERO

PÉTER ERDŐ, *Az egyházjog teológiája intézménytörténeti megközelítésben (Teología del Derecho canónico. Una aproximación histórico-institucional)*, Szent István Társulat, Budapest 1995, 268 pp.

El presente volumen pretende ser un breve tratado sobre la Teología del Derecho canónico, tema que —al menos desde la *Postremis hisce annis* de la Congregación para la Educación Católica, de 2.IV.1975— debe formar parte de la enseñanza del Derecho Canónico en los Seminarios mayores. Además de colmar la laguna que existía hasta ahora en la literatura húngara sobre esta materia, el autor se propone ayudar al lector creyente a considerar el Derecho de la Iglesia con la simpatía de la convicción interna, y a todos los interesados, a percibir de modo auténtico la

mentalidad y el trasfondo cultural de este ordenamiento (p. 9). Parece no obstante que, además de esta intención modestamente declarada, está presente otra bastante ambiciosa: la de presentar un tratado de Teología del Derecho canónico desde una perspectiva especial, que puede resultar en cierta medida también nueva en la discusión científica sobre esta materia desarrollada en los últimos decenios.

La obra se divide en tres grandes partes y acaba con una conclusión sintetizadora de los resultados. La primera parte está dedicada a la ciencia de la Teología del Derecho canónico. Esta ciencia, en efecto, es, según el autor, una ciencia teológica, una parte especial de la Ecclesiológia, dedicada a la valoración teológica del aspecto jurídico de la Iglesia, signo sacramental de la salvación. No es por tanto una ciencia jurídica o canónica, ya que su cuestión fundamental no es el *quid iuris*, ni siquiera el *quid iuris canonici* (p. 11).

Reconociendo que ya la reflexión de la Antropología teológica sobre el fenómeno del Derecho en el contexto de la realidad del hombre y de la sociedad teológicamente valorada, forma parte, en un sentido lato, de la Teología del Derecho canónico, Erdö se limita expresamente al examen, a la búsqueda del lugar, de la especificidad y del contenido central del Derecho en el misterio de la Iglesia, pero trata también de cualificar teológicamente los derechos y deberes de los fieles en el seno de la Iglesia. En este análisis, emplea el método teológico: elabora, bajo la guía del Magisterio, el mensaje de la Sagrada Escritura y de la tradición, y de ahí deduce las conclusiones. Teniendo en cuenta que hoy en día se suele

atribuir un papel central al método especulativo en esta reflexión, él señala que la historia institucional de la Iglesia y su auténtica y documentada convicción de fe sobre su propia realidad, así como su praxis mantenida como legítima, constituyen una verdadera fuente de conocimiento de la fe (son lugares teológicos).

El autor trata de extraer sus conocimientos y valoraciones teológicas acerca del Derecho canónico especialmente de esta fuente, y de poner en evidencia la verdadera realidad del Derecho de la Iglesia, y la tradición normativa del pensamiento teológico sobre la misma.

Advirtiendo que la búsqueda de las huellas de la realidad jurídica en la vida de la Iglesia presupone algunas nociones de Derecho, el autor renuncia a una detallada explicación filosófica y antropológica de este concepto, y se limita conscientemente a la identificación de las afirmaciones fundamentales sobre la cuestión que son generalmente aceptadas en la teología católica y en la canonística.

Tras estas premisas, los sucesivos capítulos de la primera parte presentan el desarrollo histórico de las ideas y de los conceptos principales de la Teología del Derecho canónico. Además de la breve presentación, bien ponderada, de las diversas corrientes (los principios antiguos, corrientes espiritualistas y protestantes, sistemas católicos de reflexión teológica sobre el Derecho de la Iglesia: el *Ius publicum ecclesiasticum*, la escuela romana del siglo XIX y John Henry Newman, corrientes postconciliares entre las que se encuentran la "escuela laica italiana" y los otros intentos de desteologización, la escuela de

Munich, la de Navarra —es decir, la de Pedro Lombardía—, un grupo de autores americanos de inspiración sociológica, así como un cierto número de especialistas italianos, sobre todo los que desarrollan su actividad en Roma y tratan de exponer sistemáticamente las declaraciones al respecto del Magisterio), el autor identifica la categoría de las instituciones como un elemento central común de las reflexiones teológicas católicas sobre el Derecho canónico, constatando que una cierta visión institucionalista del Derecho —si bien en forma diversa— constituye el común trasfondo cultural de todas estas teorías. En este punto el autor propone, en una forma quizás más clara, lo que ponía ya en evidencia en su estudio precedente (*La nozione di istituzione nel CIC. Osservazioni sul c. 86, en VV.AA., Magister Canonistarum. Estudios con motivo de la concesión al Prof. Dr. Urbano Navarrete S.I. del doctorado honoris causa, Salamanca 1994, pp. 43-59*).

La segunda parte del libro se ocupa de la relación entre el Derecho y la realidad teológica de la Iglesia. En este marco se examina primero la cuestión de si la demanda de Rudolf Sohm sería todavía actual. Para responderla, el autor señala que las dos premisas de la visión de Sohm son ya, u obsoletas, o carentes de fuerza convincente. La primera premisa era la noción de Derecho de Sohm, rígidamente positivista, y del todo extraña al institucionalismo jurídico cristiano, compartido más o menos conscientemente por la mayoría de los canonistas católicos actuales. La otra premisa era la afirmación histórica según la cual el Derecho faltaba en la Iglesia de las primeras generaciones. Tal afirmación fue refutada ya, tomando

como base argumentos históricos siempre válidos, por Adolf von Harnack, Pierre Batiffol y otros contemporáneos de Sohm. Partiendo de la respuesta de Harnack, el autor profundiza, con la ayuda de los resultados de la investigación más reciente, en el marco histórico real que representa a la Iglesia como una institución con una estructura jurídica connatural. Señala que la primera autodefinición de la Iglesia cristiana era aquella del verdadero y nuevo Israel, pueblo elegido ligado a Dios mediante la Nueva Alianza. Analizando el contenido teológico de la idea del nuevo Israel, pone en evidencia la eficacia del carácter jurídico de la Iglesia desde el punto de vista de la salvación. A este propósito se presentan cuidadosamente las abundantes relaciones entre instituciones cristianas y aquéllas del hebraísmo de la época.

Tras esto sigue un atento análisis de las fuerzas institucionalizantes inherentes a la Iglesia, entre las cuales se cuenta en primer lugar su misión, es decir, la continuación de la misión de Cristo en la historia. En función de ella se presentan la palabra y los sacramentos como factores de la institucionalización. A continuación se examina el carácter de la Iglesia como continuación de la encarnación de Cristo. De esta realidad proviene el carácter sacramental de la Iglesia, que presupone la unidad y la visibilidad, y que realiza la comunión en el sentido más profundo de la palabra. Merece una atención especial el análisis del autor sobre el uso de la palabra *communio* en los textos del Concilio Vaticano II y en los textos postconciliares (pp. 148-154). En este contexto aparece particularmente valorada la aclaración dada por la carta

Communio notio, de 28.V.1992, de la Congregación para la Doctrina de la Fe. Ya en estas últimas cuestiones, aunque también en la posterior exposición acerca de algunos elementos fundamentales de la estructura jurídica de la Iglesia provistos de un valor teológico, y acerca de algunas propiedades específicas del ordenamiento canónico, el autor se sirve mucho de los razonamientos de John Henry Newman, poniendo en evidencia su armonía con la enseñanza del Vaticano II. En estos capítulos se encuentra un análisis teológico autónomo y original que se inspira en el pensamiento de Newman. En el marco de las propiedades del ordenamiento canónico son tratados problemas actuales como la relación entre la ley natural y el poder eclesiástico, la relación entre la conciencia y la obediencia en la Iglesia, o el problema de los "derechos fundamentales". Un apartado especial aparece dedicado a la cuestión de la libertad religiosa en la Iglesia (pp. 181-190).

En la tercera parte de la obra se recogen las consecuencias metodológicas extraídas del análisis teológico de la realidad jurídica de la Iglesia y en la Iglesia. Tales consecuencias son: la necesidad metodológica de la visión sacra del Derecho canónico, la importancia vital de la elasticidad en el sistema canónico (representada sobre los ejemplos de la equidad canónica, de la relación entre el fuero externo y el interno, así como de las demás formas institucionales de la elasticidad).

En la conclusión final se sintetizan las principales afirmaciones que reflejan la posición del autor a propósito de varias cuestiones discutidas en la literatura: el Derecho de la Iglesia católica y el Derecho en el sentido verdadero y pro-

prio de la palabra (partiendo de la noción bien matizada de Derecho elaborada por el autor). El Derecho canónico católico pertenece a los ordenamientos jurídicos sacros. Son los factores institucionalizantes de la Iglesia que resultan del todo específicos. Y en este punto se llega al misterio de la Iglesia. En la Iglesia operan en unidad orgánica diferentes niveles de Derecho. La diferencia entre el Derecho canónico y los ordenamientos jurídicos seculares está conectada con su finalidad y con los respectivos medios. Todo esto hace posible que el Derecho canónico sirva también como ejemplo o modelo para los otros ordenamientos, moviéndoles a considerar el poder y sus normas como servicio a la comunidad y a la persona humana.

El volumen, abundantemente documentado, se concluye con una bibliografía de la literatura citada (pp. 223-252), un índice onomástico (pp. 253-254) y un índice de las materias (pp. 255-268). Merece atención el hecho de que el texto completo demuestra una considerable fundamentación bíblica y patológica, no siempre presente en las exposiciones de este género, un conocimiento inmediato de las fuentes jurídicas antiguas y de la praxis actual de la Iglesia, y que valora abundantemente las recientes declaraciones del Magisterio eclesiástico. El lector encuentra por tanto en estas páginas, más que un razonamiento filosófico, una teología histórica dirigida a ayudar a la solución de los problemas institucionales actuales de la Iglesia, con el debido fundamento teológico.

Teniendo en cuenta que la preparación de la edición italiana de la obra está ya muy avanzada, es de esperar

que este libro húngaro pueda contribuir a la actual discusión sobre la Teología del Derecho canónico.

KATALIN HÁRSFAI

JOSÉ M. FERNÁNDEZ CASTAÑO, O.P., *Legislación matrimonial de la Iglesia*, Editorial San Esteban, Salamanca 1994, 436 pp.

La edición española de esta obra viene, según se pone de manifiesto en la Introducción, precedida de dos italianas que vieron la luz en los años 1991 y 1992. También en la Introducción se contiene otro dato que, indudablemente, hace que el lector se apreste a la lectura de la obra con el máximo respeto: su autor, el P. Fernández Castaño, llevaba dedicados, al momento de su edición, treinta y cinco años a la docencia universitaria del Derecho matrimonial canónico.

Pienso que esta *Legislación matrimonial de la Iglesia* es una obra destinada, fundamentalmente, a la docencia, a pesar de que en su título no se acoja ninguno de los términos —manual, lecciones, etc.— con los que se suelen identificar los libros dedicados a ese fin. La sencillez expositiva —que, a mi modo de ver, es la cualidad más importante en las obras de este género— no está reñida con el tratamiento en profundidad de algunas cuestiones a las que el A. presta especial atención. Por otra parte, para quien desee profundizar aún más, se ofrece una relativamente extensa bibliografía, que, en algún caso, pudiera ser susceptible de resultar más cuidada. Estimo, por ejemplo, que citar sistemáticamente al prof. Bernárdez por su *Curso* de 1966 es, de alguna manera,

desconocer las aportaciones y mejoras con que se han ido enriqueciendo las sucesivas ediciones de su *Compendio*.

La obra del P. Fernández Castaño se divide en dieciocho capítulos que se suceden según el orden de los cánones 1055 a 1165 del *Codex*. Se adscribe, de este modo, a una respetable tradición exegética aún presente, a lo que se ve, en algunos centros universitarios eclesiásticos. Ello no obstante, el autor presta particular atención a aquellos preceptos de la normativa matrimonial canónica de más hondo calado doctrinal, con unos desarrollos casi siempre ciertos.

Digo casi siempre, porque algunas de las tesis que el A. sostiene me parece que no resultan del todo defendibles. En concreto, me han llamado especialmente la atención dos cuestiones.

La primera de ella se refiere a la inseparabilidad, para los bautizados, entre matrimonio válido y sacramento. El autor parece sostener que cabría, en algunos supuestos, un matrimonio válido entre bautizados que no fuese sacramento. Textualmente, expresa: «Como conclusión podemos afirmar que, dado que no nos hallamos ante un dogma de fe, en la fórmula del c. 1055 § 2 pudiera cambiar en el futuro, si teólogos y juristas llegaran a un acuerdo en lo que se refiere a la formulación codicial de la «consecuencia» [*quare*] que se deriva del «principio» del § 1. No olvidemos, sin embargo, que la cuestión discutida puede tener consecuencias relevantes en lo que toca a la disolución del matrimonio *rato* y *consumado*. En efecto, si un determinado matrimonio entre dos personas bautizadas pudiera por alguna razón no ser sacramento (posibilidad contraria a la fórmula *quin sit*